

Leo estos días un nuevo libro del neurólogo y escritor **Oliver Sacks**, 'Todo en su sitio. Primeros amores y últimos escritos' (Anagrama) que recoge una serie de textos, muchos ya publicados y algunos inéditos, en esa mezcla de humanismo, ciencia y ensayo literario que hizo de él un escritor popular y de éxito. Sacks realizó el milagro de que millones de personas en todo el mundo se familiarizaran con una disciplina como la neuropsicología, hasta entonces una perfecta desconocida para el gran público. Desaparecido en el año 2015, reflexiona, entre otros temas, sobre uno de los argumentos que vertebró su carrera profesional e investigadora: los enigmas de nuestro cerebro. Una vocación a la que le condujo la esquizofrenia de uno de sus hermanos. «¿Qué ocurre en nuestro cerebro para predisponernos a un estado o a otro?». Una pregunta que se hizo a lo largo de su vida enfrentado a casos inusuales, historias clínicas sorprendentes, producidas por esas manifestaciones enigmáticas del cerebro y del comportamiento humano.

Muchos de nosotros hemos podido comprobar en primera fila preferencial esas mutaciones «caprichosas» del cerebro que obsesionaron a Sacks, en la figura de un familiar o de un vecino, que de la noche a la mañana dejó de ser aquella encantadora persona a la que le dabas los buenos días para convertirte en un extraño para él. Nos hemos acostumbrado -y lo que nos quedan por vivir- que enfermedades como el párkinson o el alzhéimer, que en su momento estudió Sacks, nos sean familiares, tan familiares que rezamos o tocamos madera para que no nos tenga ya una plaza reservada en el parking asistencial. O a la vuelta de la esquina. Y aquí, déjenme que ponga la nota del hilo musical y es que, como decía el cantor, «la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida».

En ese género literario a caballo entre la medicina y la literatura, Sacks dejó 'best-sellers' como 'Despertares' o 'El hombre que confundió a su mujer con un sombrero'. Tampoco le faltaron las críticas, siendo acusado de transformar a sus pacientes en héroes literarios. Parafraseando una de sus obras, se le recriminó ser «el hombre que cambió a sus pacientes por una carrera literaria». Las polémicas más agrias, sin embargo, no fueron en el mundo literario, sino en su propio gremio, la sociedad médica, donde los sectores más conservadores con los procedimientos, pusieron el grito en el cielo ante los métodos poco ortodoxos empleados

para sus terapias. Sacks, como relató en sus textos autobiográficos, también mantuvo sus propios combates personales, adicción a las drogas o una homosexualidad oculta en el seno de una familia de un fuerte judaísmo tradicional. A los 75 años, Sacks conoció al escritor **Bill Hayes**, con el que viviría su última gran historia de amor hasta su muerte en el año 2015.

El libro se cierra con un texto inédito titulado 'La vida sigue', donde un Sacks ya próximo a la muerte realiza un canto a la vida y a la esperanza a pesar de la tristeza que le produce la visión de una sociedad a la que define «anestesiada y embrujada». Cuenta la anécdota de un debate en el que participó sobre 'Información y comunicación en el siglo XXI'. En el debate, un padre comenta con orgullo que su hija pequeña se pasa doce horas al día navegando por internet, teniendo acceso a una información, según él, impensable en las generaciones anteriores. Sacks le pregunta si su hija había leído alguna novela clásica, contestándole éste que «no tenía tiempo para esas cosas». El juicio del neurólogo no puede ser más contundente. A pesar de la abundante y variada información que poesía su hija, esta, según Sacks, no tenía nada que ver el conocimiento, augurando que su mente sería superficial y descentrada. «La mitad de la audiencia me vitoreó; la otra mitad me abucheó», concluye Sacks.

En este texto de espíritu testamentario, Sacks acaba declarando su esperanza por la supervivencia de la vida humana y su riqueza cultural «incluso en una tierra asolada». Y hace una reivindicación y canto de amor a la ciencia como «esperanza para un mundo sumido en el marasmo moral». Unas declaraciones que en estos tiempos de pandemia nos resultan más que nunca necesarias. Y exigibles.

Por qué queremos tanto a Sacks

PICATOSTES
Carles Gámez

